

PROFESOR DR. BERNARDO E. MANZINO

SEMBLANZA DE UN GRAN MAESTRO

Homenaje al Profesor Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez  
en el décimo Aniversario de su Fallecimiento

Conferencias pronunciadas por el Prof. Dr. Bernardo E. Manzino en el Ateneo Médico del Hospital Español de La Plata, el 2 de abril de 1982 y en el Hospital Interzonal de Agudos General San Martín de la misma ciudad, el 28 de mayo del corriente año.

*IMPRESO EN LA AGREMIACION MEDICA PLATENSE*

*17e Dr. Sr. E. Gutierrez*  
*Un gran afecto*  
**PROLOGO**  
*Monseñor 1982*

Cuando el 28 de mayo de 1982 fui invitado a participar del homenaje que en el Hospital Interzonal de Agudos "General San Martín" le tributaban al Profesor Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez la obligación y el deseo de asistir al mismo, se complementaron.

Este deseo nació de lo más profundo de mi corazón y la verdad es que me siento feliz de haberlo cumplido, pues fue emocionante volver a entrar a la Sala III, que desde ese momento mercedamente llevaría el nombre de "Profesor Dr. LUIS FELIPE CIEZA RODRIGUEZ" y evocar mis años de estudiante cuando concurría a escuchar las amenas y magníficas clases de este insigne maestro, así como encontrarme nuevamente con ex condiscípulos, hoy colegas, con quienes diariamente compartíamos el aprendizaje de la medicina.

Pero, esta emoción se hizo más profunda al escuchar lo que se tituló "Semblanza de un gran maestro" magníficamente desarrollado por uno de sus brillantes discípulos, el Profesor Dr. Bernardo E. Manzino, hoy titular de la "Cátedra de Medicina Interna A" llamada así por transformación de la de "Semiología y Clínica Propedeutica" donde el doctor Cieza desarrolló durante varios años su carrera docente.

La personalidad multifacética del maestro, fue descripta en forma tan perfecta y con tanta realidad que espiritualmente nos parecía estar nuevamente junto al querido y siempre recordado profesor.

Cuando la Escuela de Medicina de La Plata, cuyo cuerpo de profesores, importados casi en su totalidad de la Capital Federal, pasó a ser Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de La Plata, se incorporaron docentes platenses que por concurso llegaron a titulares de las cátedras que se iban creando.

Afloró la gran reserva científica y docente que había en cada uno de esos médicos que, al frente de sus cátedras prestigiaron a nuestra Facultad, hoy bien conocida y considerada en los ambientes Universitarios del mundo.

Larga es la lista de esos estudiosos que enseñaban medicina a sus alumnos en los Hospitales junto a los enfermos, en los Laboratorios, en los gabinetes de Anatomía normal o patológica etc. y que sin horarios transmitían sus conocimientos a quienes lo solicitaban.

Fue una pléyade de profesores que de la talla de Lambre,

2

Prieto Díaz, Rossi, Estiú, Max Biraben, Christmann, Torres, Vicente Ruiz, Cieza Rodríguez, Del Carril, D'Ovidio, Mainetti, Gorostiague, Canestri, Andrieu, Zabudovich, etc. hicieron escuela dentro de sus especialidades y formaron discípulos que fueron ocupando exitosamente los cargos docentes que aquellos dejaron.

Luis Felipe Cieza Rodríguez perteneció a esa generación destacándose por su amplio y para él fácil dominio de la Clínica que como los grandes la manejaba con toda humildad.

Tenía pasión por la enseñanza y al mismo tiempo amor sin límites por los enfermos pobres del hospital que utilizaba y presentaba a los alumnos para dictar sus clases.

Era humano, sensible y aplicaba con agudeza todos sus sentidos para diagnosticar y no mortificar a ese paciente que se prestaba para la enseñanza.

Esto lo podía hacer porque sus clases estaban impregnadas de ciencia, experiencia y conciencia.

Cuando terminaba de examinar al enfermo, era notable ver como pensaba, razonaba, discutía, convencía y emocionaba con sus exactos diagnósticos.

Por eso fue respetado por sus colegas, admirado por sus alumnos y amado por sus pacientes.

Es importante que no muera el pasado de los maestros, que como el de esta semblanza, sirven de ejemplo para las futuras generaciones.

La vida de Cieza Rodríguez como médico la resumo diciendo que fue un exquisito de la Clínica Médica.

Felicito al Profesor Dr. Bernardo E. Manzano por habernos brindado un vital retrato de este ejemplo de maestro, profesor de tantas promociones de estudiantes, entre las cuales me incluyo.

Doctor Juan José Grosso Shéridan

## SEMBLANZA DE UN GRAN MAESTRO

### HOMENAJE AL PROFESOR DR. LUIS FELIPE CIEZA RODRIGUEZ EN EL DECIMO ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO

Prof. Dr. Bernardo E. Manzano

Cumpliendo con lo solicitado por las autoridades de este hospital, tengo el honor de evocar la figura del Profesor Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez, con motivo del merecido homenaje que se realiza para conmemorar los diez años de su desaparición.

Interpretando el sentir de sus discípulos y también de todos aquellos que lo conocieron, deseamos expresar nuestro profundo agradecimiento a las autoridades del Hospital Interzonal de Agudos "General San Martín" que, sensibles a nuestra petición, la elevaron favorablemente al Consejo Técnico Asesor, el que por unanimidad decidió aprobar la iniciativa que hoy se concreta.

También queremos exteriorizar nuestro reconocimiento a las autoridades del Ministerio de Salud, que en un acto de estricta justicia, decidió imponer el nombre "Profesor Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez" a la sala III de este hospital, en un decreto del 16 de abril de 1982, cuyos fundamentos son dignos de mencionar: "Considerando que el Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez fue uno de los profesionales más destacados de la medicina platense y que durante más de cuarenta años prestigió no sólo la jefatura de diversas salas de este hospital, sino también la docencia universitaria, por su preparación, su talla moral y científica que lo llevaron a ocupar los más elevados cargos en los que dejó la impronta de su vigorosa personalidad".

La historia de este hospital, una de cuyas salas llevará su nombre, va ligada a la historia misma de la ciudad. Nace con ella. En sus comienzos como Hospital Misericordia, para transformarse, en 1922, en Hospital Policlínico, siendo designado a partir de 1950 Instituto General San Martín, tomando posteriormente su nombre actual.

Este vetusto hospital que se eleva como testimonio fiel de la evolución de la ciudad, fue testigo del desarrollo más significativo de la

medicina platense. Su existencia está cargada de años, pero también de gloria. El tamaño y la solidez de sus paredes se realizaron como si fuera a construirse una catedral. No fue un recinto religioso, pero en cierto modo fue un templo inmenso donde aliviaron el dolor físico y espiritual los médicos más representativos de su época. Eran facultativos que se destacaron por su ciencia y también por su conciencia. Profesionales sobresalientes y sacrificados que con un total desinterés material brindaron sus conocimientos y su bondad para curar o aliviar a miles de enfermos. Nos da la impresión que deambulan por estas amplias salas los espíritus tutelares de Angel Arce Peñalva, Vicente Gallastegui, Celestino Arce, Pastor Molla Villanueva, Vicente Centurión, Rodolfo Rossi, Italo Daneri, Manuel Cieza Rodríguez, Fernando D'Amelio, Tulio Marquez, Horacio Sagastume, y tantos otros que la ciudad recuerda con cariño.

Conocí a nuestro querido maestro precisamente en esta sala, hace poco más de cuatro décadas, cuando cursábamos Semiología. Junto a otros compañeros, los doctores Dorado, Flores, Gutvay y Della Torre, le solicitamos autorización para concurrir a su servicio, aureolado por el prestigio de su jefe y de los médicos que en ella actuaban. Con la bondad que siempre lo caracterizó, nos acogió amistosamente, y de allí parte nuestra amistad que duró hasta su muerte.

La semblanza de este gran maestro de la medicina argentina, a cuyo lado permanecí durante tantos años, se justifica por dos razones importantes. Primero, para hacer realidad lo que expresa nuestro juramento hipocrático donde dice: "Guardarás respeto y gratitud a tus dignos maestros". Y, además, porque recordarlo significa evocar un espíritu superior que con su acción y su pensamiento ha forjado la unión del pasado con las futuras generaciones.

El haber alcanzado los setenta y siete años de edad, nos permite afirmar que su ejercicio profesional compendia medio siglo de vida médica platense. Sin embargo, no lo recordaremos solamente como médico, sino que lo evocaremos en los diversos aspectos de su rica personalidad.

## EL SEMIOLOGO

Bajo este aspecto podemos manifestar que nuestro recordado maestro no sólo fue un gran semiólogo; fue, en realidad, la misma se-

miología. Era tal la amplitud y profundidad de sus conocimientos dirigidos a la detección de las enfermedades, que su actuación compendia todo lo que se utilizaba hasta entonces.

Fue un semiólogo intuitivo, sagaz, metódico y minucioso. La actuación frente al enfermo concitaba la admiración de sus alumnos a medida que transcurría el examen del paciente, y terminaba por subyugar y magnetizar a sus discípulos por la precisión de los datos que obtenía. Es que sus ojos avizores descubrían lo que otros ignoraban; su oído delicado aclaraba lo que otros intuían; y sus manos, perfectas, tocaban lo que otros no palpaban. Si bien, esos sentidos aristocráticos eran los que más utilizaba, no desdeñó el valor de un sentido plebeyo como la olfacción, para diferenciar el penetrante olor de la transpiración de un tuberculoso, o el semejante a paja en descomposición que exhalaba un brucelósico.

Siendo estudiante y aún en mis primeros años de médico, lo hemos visto, remedando a los clínicos franceses, recorrer la sala III llevando en un bolsillo de su delantal el paño clínico y el estetoscopio de madera, que nos transportaba a la época de Laennec; y en el otro, un lápiz rojo o azul que utilizaba para marcar los datos de su impecable percusión. Este último procedimiento de investigación fue uno de sus favoritos. Era deslumbrante observar con qué precisión percutía el corazón. Había aprendido al lado de su gran maestro, el profesor Merlo, los secretos que ella escondía. Con distinta fuerza percutoria iba delimitando el borde izquierdo, que el lápiz dermatográfico marcaba con cuidado; pasaba luego al borde derecho y, finalmente, terminaba con el límite inferior. Hacía cambiar al paciente varias veces de decúbito y volvía a percutir para poder corregir lo que antes había delimitado, hasta dejar dibujado en el tórax la imagen cardíaca. Pero, lo más asombroso era que de inmediato concurríamos a la sala de radioscopia, y nos mostraba una imagen del corazón que podía superponerse a la hallada por nuestro maestro. Pareciera que la extremidad de sus dedos se transformaba en tubos de rayos X, lo que le permitía realizar una percusión tan exacta. Esa técnica que parecía tan simple, le había demandado muchos años de aprendizaje. ¡Pero, qué útil era en la detección de los derrames pericárdicos! Justamente, por el dominio de ese método pudo hacer diagnósticos certeros de derrames en esa serosa, que ahogaban a los pacientes, y que una inmediata intervención quirúrgica pudo salvar-

los.

Otra de las vísceras por las cuales tenía predilección percutoria era el bazo. Sabía que hallar una esplenomegalia significaba, a veces, modificar la orientación diagnóstica. ¡Con qué perfección la realizaba! Utilizando diversos decúbitos y diferentes tipos de intensidad percutoria, delimitaba el agrandamiento de este órgano, que seguramente la radiografía o la necropsia se encargarían de confirmar.

Si bien su percusión era perfecta, su palpación fue sorprendente. Tenía tal adiestramiento de su sentido táctil, que percibía elementos pequeños que otros no palpaban. Y cuando aseguraba que existía una hepatomegalia o una esplenomegalia, debíamos aceptarlo, porque no se equivocaba. El reconocimiento de los tumores abdominales era maravilloso. Comenzaba con una palpación superficial de las paredes abdominales, luego profundizaba sus dedos hasta palpar la formación a la que acariciaba, desplazaba, percutía y auscultaba, hasta llegar, con esos simples elementos semiológicos, a una orientación diagnóstica precisa. Avalando su manera de proceder, le gustaba recordar los conceptos de un gran semiólogo, el Dr. Araoz Alfaro, cuando manifestaba: "No debéis despreciar ningún método, ningún procedimiento, ningún medio que pueda seros útil en la investigación clínica. No descuidéis nada, no olvidéis nada. Lo nuevo y lo viejo deben ir unidos en el examen del enfermo. Nada es demasiado cuando se tiene en frente la responsabilidad enorme de la vida de otro, que debemos preservar o salvar si es posible. Sed siempre completos y prolijos, aún en los casos aparentemente simples. No hay examen que sea superfluo; no hay signo que sea pequeño. A veces, de una comprobación fortuita, de un detalle que parece insignificante a la generalidad, surge de pronto, por el médico inteligente, una luz grandiosa que aclara todas las dudas".

Su dominio de la semiología era tan profundo, que ha hecho aportes significativos en el examen del enfermo. Había observado que algunos pacientes eran rotulados como apendiculares crónicos, cuando en realidad se trataba de vesículas descendidas e hipotónicas, las que al provocar un dolor en la zona apendicular originaban ese error diagnóstico. Para dilucidar el problema, propuso colocar al paciente en ligero Trendelenburg, apoyar el talón de la mano izquierda sobre el reborde costal derecho, mientras los dedos juntos y flexionados intentan detener la vesícula. Con los dedos de la mano derecha comprimía el punto



apendicular mientras hacía respirar profundamente al paciente. Si el dolor que allí se percibía, desaparece cuando la mano izquierda detiene la vesícula, la molestia álgica en la zona apendicular es debida a una inflamación vesicular. Si persiste el dolor a pesar de esa maniobra, aquél corresponde a un apéndice inflamado. Antes de llegar a esa conclusión, realizó decenas de estudios clínicos y radiográficos que le demandaron tiempo y perseverancia. Con sentido de estricta justicia, hoy se conoce ese procedimiento como maniobra de Cieza Rodríguez.

Dentro del examen semiológico le dió un lugar preeminente al interrogatorio. Le gustaba realizarlo personalmente. Cuando algún médico o algún practicante le leía la historia clínica de un caso difícil, al día siguiente, bien temprano como era su costumbre, comenzaba nuevamente el interrogatorio. Su reloj se detenía y el diálogo con el enfermo se prolongaba durante largo tiempo. Sabía lo que buscaba, y asombraba ver con qué sutileza conseguía la respuesta adecuada de pacientes con locuacidad excesiva. Y si el enfermo era de la campaña, tenía asegurada la mejor tarjeta de presentación. Comenzaba preguntándole sobre la hacienda, las cosechas, las tareas rurales, con un interés y conocimiento que los desconcertaba. No en vano había pasado su juventud en el marco esplendoroso de la naturaleza en la tierra de sus mayores. Comprendía que ese diálogo era uno de los elementos fundamentales de nuestra profesión. No sólo para orientar un diagnóstico, sino también con una finalidad terapéutica.

La medicina actual se dirige hacia un camino erróneo. Cree que el interrogatorio es un elemento secundario y está esperanzada en los elementos complementarios. Ningún método auxiliar, ni estudios especializados pueden igualarse al interrogatorio profundo y minucioso. Cuando se actúa en otro sentido se pierde la relación médico enfermo, pilar del ejercicio correcto de nuestra disciplina. Estamos observando que el médico que menos interroga, es el que más análisis y estudios solicita. Y también que el profesional menos informado, es el que más medicamentos administra. Ambos ignoran que las dulces palabras son más eficaces que los amargos remedios.

En el ejercicio de su profesión no fue ajeno a los adelantos de la medicina. Uno de esos progresos lo constituye el laboratorio, que tanto significó en el diagnóstico de las enfermedades. Lo utilizó con frecuencia, y tenía por él una especial predilección. Le agradaba realizar

personalmente las reacciones de laboratorio, e incluso los frotis de sangre, de bilis o de orina. Sentía un verdadero placer al ir descubriendo las coloreadas células sanguíneas de una leucemia, los vistosos cristales de colesterol del sedimento biliar o los pequeños bastoncitos rojos de un esputo donde pululaban bacilos de Koch. Tenía una evidente inclinación hacia el estudio de las ictericias, y su cara denotaba profunda satisfacción cuando la orina del enfermo, después de agregarle unas gotas de reactivo de Ehrlich, tomaba una hermosa coloración rojiza, semejante al guindado, según su misma expresión. Los preparados de sangre casi siempre los observaba al microscopio junto a ese ser extraordinario, príncipe de la citología, el Dr. Juan Antonio Pintos a quien tanto quiso.

Pero como clínico sagaz, intuitivo y experimentado, supo colocar al laboratorio en el lugar que le correspondía; como complemento indiscutible de la clínica, pero no esclavo de sus resultados. Nunca instituyó un tratamiento a una cifra de laboratorio, sino a un enfermo que poseía esa modificación. Siendo un gran admirador de la clínica médica neolatina, no podía alejarse de la cabecera del enfermo. Fiel a las escuelas neohipocráticas, realizó la "medicina de la persona" en su totalidad. No permitió que el "ojo clínico" fuera sustituido por el "ojo químico". En cierta forma se protegía de lo expresado por el ilustre profesor Sergent: "exagerar el dominio del humoralismo es arriegarse a caer en el humorismo médico". En suma, su medicina era lo que debía ser, no sólo ciencia, sino también arte.

Algo semejante ocurrió con el aporte de la radiología. Supo valorarla en su justa medida. Sentía por los estudios radiológicos una particular inclinación. Lo corrobora el hecho de haber instalado un aparato de rayos X en su consultorio particular. Así pudo realizar muchos estudios y adquirir una experiencia que pocos clínicos poseían. Después de haberlo utilizado durante varios años, tuvo que prescindir de él por una dermatitis generada por radiaciones. El manejo personal de este método complementario le proporcionó solidez a sus conocimientos, sobre todo del sistema digestivo, y supo interpretar muchas deformaciones y pequeñas alteraciones con tanta competencia como el más experimentado radiólogo.

Como síntesis de su quehacer semiológico, podemos expresar que nuestro maestro fue un semiólogo cabal, que tal vez pocos llegaron a igualar, pero que ninguno pudo superar.

## EL CLINICO

El Dr. Cieza Rodríguez no sólo fue un semiólogo completo sino también un clínico destacado. Su experiencia le había demostrado que lo más importante para llegar a un diagnóstico era seguir un método en el examen clínico.

Se ha definido al método como "el conjunto de procedimientos que debe emplear el espíritu humano en la búsqueda de la demostración de la verdad". En muchas ocasiones, cuando los colegas le llevaban un enfermo en consulta y querían que observara las radiografías del paciente, siempre las apartaba y las dejaba para el final del examen. Nadie podía modificar su manera de actuar. Primero debía examinar detenidamente al enfermo; luego vería los elementos complementarios.

Sabía que el médico puede caer en paralogismos, es decir razonamientos falsos sin intención, pero nunca en sofismas, que es una forma capciosa de engañar. Y el ejercicio de su profesión le había enseñado que los paralogismos más frecuentes son por analogía, es decir, por los síntomas iguales o parecidos que presentan muchas enfermedades. Y estaba convencido que los podía evitar mediante un examen clínico minucioso. Su experiencia le demostraba que la mayor parte de los errores diagnósticos se cometen por falta de método en la exploración del enfermo. Tenía siempre presente que la semiología es la ciencia y el arte del diagnóstico y en ese sentido fue un artista consumado.

Nuestro gran maestro realizó siempre una medicina basada en los estudios anatómo clínicos iniciados por Laennec. Sentía un verdadero placer cuando concurría al servicio de anatomía patológica para releer en el cadáver lo que había observado en la clínica. Y cuando el paciente debía ser operado, iba presuroso a la sala de operaciones para certificar o rectificar su diagnóstico. Siempre repetía: "El clínico debe ir prendido con un alfiler de gancho del guardapolvo del cirujano".

En la construcción diagnóstica, Cieza fue más bien un espíritu analítico; le complacía la perfección, la minuciosidad. Sin embargo, al igual que sus maestros Merlo y Escudero, fue un clínico total. En todo diagnóstico clínico se comienza con el análisis y se termina con la síntesis. El camino que recorría se iniciaba con un examen semiológico exhaustivo, continuaba con un análisis de los elementos hallados, y concluía con una síntesis que lo llevaba al diagnóstico definitivo. Sin em-

bargo, no terminaba allí su actuación. Siempre le agradaba repetir las palabras que había aprendido de su maestro Finochietto: "Esta es la afección que padece nuestro enfermo, pero ¿qué más tiene?". Sabias palabras. Ellas encierran el perfecto concepto que se debe tener de la clínica. La Patología Médica estudia una enfermedad cuyas características se aplican a los enfermos, mientras que la Clínica Médica estudia esa afección en un enfermo, con todas sus variantes que su cuerpo le otorga. El clínico completo reconoce que cada paciente es dueño de su propia enfermedad con características y particularidades que no se ven en ningún otro. La comprensión total del enfermo es privilegio del buen clínico.

Su indiscutida capacidad clínica se puso de manifiesto en diversas oportunidades; una de ellas que fue memorable, es digna de mencionar por lo difícil del caso clínico y, sobre todo, por el selecto auditorio que la presencié. Siendo jefe de la sala III tuvo que inaugurar los ateneos que se realizarían entre los diversos servicios del Hospital Policlínico. Le correspondió estudiar una enferma que había fallecido y cuyo diagnóstico, que sólo conocía el anatomopatólogo, no pudo hacerse clínicamente, sino después del estudio necrópsico. Al Dr. Cieza, que no conocía la enferma, se le entregó la historia clínica, los análisis y las radiografías. Debía exponer a las 48 horas siguientes y dar su impresión diagnóstica. La reunión se realizó en el aula del pabellón Finochietto ante una audiencia muy numerosa. Los jefes de sala y de servicio, médicos y estudiantes colmaban la capacidad del recinto. Con su tranquilidad habitual expuso en forma precisa y metódica los hallazgos de la historia clínica y los estudios complementarios y radiológicos practicados. La tensión y la ansiedad aumentaban en los oyentes, y cuando al finalizar formula su diagnóstico de meningitis tuberculosa, un cuchicheo se difunde rápidamente entre los presentes. Como la enferma había presentado en varias punciones un líquido cefaloraquídeo turbio, y una de las características de la meningitis-tuberculosa es, precisamente, el líquido cristal de roca, todos quedamos azorados, pensando que había cometido una grosera equivocación diagnóstica. Un silencio sepulcral se produjo cuando el Profesor Pianzola se disponía a leer el protocolo de la autopsia. Con palabras que denotaban cierta aprobación expresó: "el estudio anatomopatológico de la enferma demuestra que falleció de meningitis tuberculosa". Una estruendosa ovación, acompañada de interminables aplausos rubricaron ese acierto diagnóstico que pa-

tentizaba el profundo conocimiento de la clínica por parte de nuestro recordado maestro. Ese día el Dr. Cieza recibió en su domicilio un telegrama de felicitación, enviado por los médicos de la sala III, donde le expresaban el orgullo que sentían de tenerlo como jefe. Posteriormente supe que ese testimonio de reconocimiento y afecto, fue uno de los que más apreciaba y que lo acompañó hasta su muerte.

Otro de sus aciertos magistrales fue el de un adolescente que presentaba un abdomen prominente. Lo examinaron varios profesores de clínica médica. Uno opinaba que se trataba de una pericarditis constrictiva; otro, de una forma ascística de tuberculosis peritoneal, y, finalmente, había quien sostenía que era una hidatidosis peritoneal. El Dr. Cieza estudió detenidamente al enfermo durante varias semanas, y al final formuló su diagnóstico de hidronefrosis gigante. El día de la operación, profesores, médicos y estudiantes se agolpaban en las gradas de la sala de operaciones. El Profesor Christmann que realizó la intervención, confirmó que se trataba de una hidronefrosis gigante de la pelvis renal derecha que contenía cerca de veinte litros de orina. Este caso extraordinario fue utilizado posteriormente por el Dr. Aguirre para su tesis doctoral.

Sería muy prolongado relatar sus numerosos aciertos. Sólo podemos decir que su depurada semiología le permitió hacer diagnósticos sorprendentes. En todos ellos demostraba la excelencia de su clínica.

### EL DOCENTE

Desde su graduación como doctor en medicina, en 1922, se evidenció su vocación docente. Esta se concretaría en 1926, al ser designado jefe de trabajos prácticos de Semiología y Clínica Propedéutica y Quirúrgica en la Escuela de Ciencias Médicas de La Plata, cátedra a cargo del Profesor Lorenzo Galíndez.

En 1931 es nombrado docente libre de la misma asignatura, y tres años después inicia su enseñanza en la cátedra de Clínica Médica del inolvidable Profesor Rodolfo Rossi, donde es designado jefe de trabajos prácticos. Desde 1935 hasta 1940 actúa como jefe de clínica y como profesor libre de Clínica Médica en la cátedra del Profesor Nicolás Romano. En 1943 es nombrado profesor titular interino de esa asignatura y, posteriormente, debido a la situación imperante en el país renuncia a

su cargo permaneciendo con sus discípulos en el Hospital Español, donde continuaría su infatigable labor, brindando sus útiles enseñanzas.

En 1955, siendo el Dr. Manuel M. del Carril interventor en la Facultad de Ciencias Médicas es nombrado profesor titular interino de Semiología y Clínica Propedéutica, siendo confirmado por concurso dos años después.

Como catedrático debemos reconocer que fue un docente sumamente útil. Enemigo de la retórica, sus clases eran la máxima expresión de la experiencia. No era un profesor afecto a las lecciones magistrales en las que debiera mostrar una elocuencia persuasiva; no era para la intimidad, para el diálogo socrático en la que un grupo de alumnos salía subyugado por la perfección del examen clínico y la inamovilidad de sus diagnósticos.

Estudiaba en forma exhaustiva y minuciosa a todos los enfermos que presentaba en clase. Se detenía en los datos positivos del interrogatorio y especialmente en los hallazgos semiológicos a los que daba gran jerarquía. De ellos partía para llegar al diagnóstico definitivo. Las enseñanzas que prodigaba en esas clases eran como perlas cuyo valor perduraría definitivamente. Eran sabios consejos que emanaban de su vasta experiencia y que servirían para dilucidar difíciles diagnósticos. Lo que transmitía era sólido, macizo, inamovible, y por sobre todo, útil. No se entusiasmaba con las últimas teorías o las últimas terapéuticas. Sabía que ellas eran transitorias y pasajeras. Por ello sostenía con ardor y entusiasmo lo definitivamente aceptado como cierto y reconocido como práctico.

Uno de los aspectos que hay que resaltar es lo referido al ojo clínico. Nuestro maestro reconocía que el ojo clínico es la orientación diagnóstica de primera intención basada en la observación reciente del enfermo, pero que se funda en un recuerdo de cuadros vividos a través de una larga experiencia. Si bien él tuvo un gran ojo clínico, nunca se entusiasmó en su ejercicio. Sostenía que el médico debe hacer diagnósticos fundados en una metodología adecuada y no basarse en una intuición. En el decurso de su profesión, que constituye un rico acervo de observaciones y experiencias, había comprobado que el error es posible cuando no se es escrupuloso y ordenado en el examen del enfermo. A veces, el diagnóstico basado solamente en el ojo clínico se acerca más al deslumbramiento que a la verdad. Puede incluso envanecer al que lo

emite, con riesgo de perder el camino correcto que debiera seguir. De ahí que nunca inculcó a sus alumnos o a sus discípulos el diagnóstico rápido por intuición. Estaba convencido que el diagnóstico clínico debe ser elaborado con el manejo perfecto de todos los elementos de estudio, al que debe agregarse paciencia, perseverancia, y hasta una duda prudente y aleccionadora.

En la enseñanza de la medicina no fue dogmático; sabía que sus verdades no eran inconcusas. Ejerció su disciplina alejado totalmente del profesionalismo, esa desviación en el ejercicio de nuestro apostolado que toma la profesión como fuente de lucro y de riqueza. En más de seis lustros que estuve a su lado, nunca le oí hablar de intereses económicos. ¡Cuántas visitas y consultas médicas están esperando aún sus honorarios!

Se apartó del científicismo, es decir de todo aquello que manifiestan ciertos profesionales por aparentar ser hombres de ciencia cuando en realidad no lo son. Ellos creen que la cita de una revista extranjera o el comentario del último congreso de medicina les otorga un sello de superioridad o de sabiduría. El sonreía frente a tales situaciones. Sabía que lo aprendido en el decurso de muchos años era lo único perdurable. Reconocía que el edificio diagnóstico se construye sobre cimientos sólidos y con paredes resistentes, no con adornos y accesorios de última moda. Frente al científicismo siempre opuso su depurada semiología y su clínica soberana.

Se consideró siempre un estudiante, imbuído de un inexhaustible entusiasmo por la lectura de los grandes clínicos, en especial los de la escuela francesa. A su lado, en la sala III, aprendieron miles de estudiantes el manejo del enfermo, y también se formó una pléyade de discípulos que continuaron sus enseñanzas. Muchos fueron destacados profesores que han dado brillo y jerarquía a nuestra facultad. Entre ellos recordaremos a los doctores Vanni, Scenna, Zabludovich, Schaposnik, Tau, Acebal, Arias, Barandica, Bartolucci, Bergna, Boccadoro, Bonelli, Carri, Crespi, Cunsminsky, De Falco, Escaray, Ferrara, Fernández Quintela, Flores, García, Gurevich, Milman, Martiarena, Moszemberg, Prado, Reza, Varela Omar, Vazquez y tantos otros que sería muy extenso enumerar.

## EL MAESTRO

Cuando uno observa la trayectoria docente del Dr. Cieza, inmediatamente lo ubica dentro de los verdaderos maestros de la medicina. Un profesor puede saber muy bien su asignatura y dictarla en forma adecuada, pero ello no significa que tenga condiciones de maestro. Para alcanzar tal dignidad, debe poseer ciertas condiciones de la más alta jerarquía. Recordemos las palabras de Simone Weil, quien consideró a la jerarquía como una necesidad vital del hombre. "Está constituida, expresó, por cierta veneración, cierta devoción hacia los superiores, considerados, no en sus personas ni en el poder que ejercen, sino como símbolos".

El verdadero maestro es el que prodiga sus conocimientos sin egoísmo, con entusiasmo, alejado de cualquier objetivo que no sea el de enseñar. Es el que despierta en sus discípulos la llama inextinguible del entusiasmo, la vocación con sanas aspiraciones futuras. Es el que da el ejemplo en el trabajo y el que asume plena responsabilidad de sus actos. El que se alegra del triunfo de sus discípulos y los apoya y ayuda en sus dificultades. Es el que aconseja a sus alumnos como si fuera un padre espiritual, cuyo fin es el beneficio de todos los que lo rodean. Pero, fundamentalmente, es aquel cuya vida se ha transformado en un ejemplo perpetuo de rectitud, moral y tolerancia, encaminando su trayectoria hacia la luz y la verdad. Hemos visto médicos que, al influjo de verdaderos maestros que ellos habían seleccionado por afinidad espiritual, transformaron sus vidas, llevando una existencia más agradable, más útil, más feliz.

Dentro de esas selectas condiciones que requiere el maestro, en una de las que más sobresalió fue en el entusiasmo que inculcaba a sus alumnos. Deseaba que estos actuaran por sí mismos, que vieran, que percutieran, que palparan o auscultaran, que hicieran sondeos o punciones, es decir, todo aquello que hace a la manualidad y al autoconocimiento. Estaba convencido que la enseñanza de la medicina se debe realizar al lado del enfermo, con la participación activa de los estudiantes. Ellos no deben ser meros expectadores. Los conocimientos se fijan cuando la tarea se realiza personalmente. El profesor puede ser el guía, el alumno será el ejecutor. El plan de estudios es de importancia secundaria para el egreso de médicos capacitados. Lo que se necesita son



docentes que tengan pasión por la enseñanza y ésta pueda realizarse en forma práctica con una participación activa de los educandos. Si no se siguen esas normas, cualquier plan está destinado al fracaso.

Por el fervor que puso en la enseñanza, por la pasión que supo despertar en sus alumnos y por su vida ejemplar, el Dr. Cieza Rodríguez configura el paradigma del verdadero maestro.

### SU TRAYECTORIA PROFESIONAL Y CIENTIFICA

Con respecto a su formación profesional debemos destacar, que antes de\* obtener el título de médico, realizó una intensa actividad como practicante menor y mayor del Hospital Rawson, junto a uno de los valores más significativos de la cirugía argentina, el Profesor Ricardo Finochietto. Una vez recibido continuó como médico agregado en el servicio del Profesor Pedro Escudero. De este clínico notable, como asimismo del Profesor Merlo, aprendió el cuidadoso examen del enfermo y el razonamiento clínico para llegar a un diagnóstico correcto.

A partir de 1922, y en años subsiguientes, fue médico de la Asistencia Pública de La Plata, de la Liga Popular contra la Tuberculosis, médico interno del Hospital Melchor Romero, comenzando también su concurrencia como médico agregado a la sala III del Hospital Policlínico de La Plata, llegando a ser jefe de la misma de 1930 a 1954. Por la situación del país renuncia a ese cargo, y después de 1955 es reincorporado y se lo nombra jefe de la sala VI del mismo Hospital, cargo que ostenta hasta 1966, fecha de su jubilación.

Fue también médico de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y, posteriormente, del Hospital Español de La Plata, lugar donde se formaron algunos discípulos entre los que se encuentran los doctores Grinfeld, Durand, Busteros, Galimberti, García Centella y Verdala. Durante varios años se desempeñó como Jefe de Reconocimientos Médicos de la Provincia de Buenos Aires.

Su actividad hospitalaria ha sido notable. Se caracterizó por una preocupación constante por el bienestar de sus pacientes, el trato cordial y el afecto hacia ellos y hacia todos los que concurrían a su servicio. Debemos destacar el gran respeto por sus colegas. Nunca hizo una discriminación racial, religiosa, social o ideológica. Todos eran médicos que querían aprender a su lado. Y en esa "colmena", como le agradaba

designar a su servicio, trabajó incansablemente durante cuarenta y cinco años, respetado, admirado y querido por sus discípulos. Precisamente, en la sala VI desarrolla una etapa trascendente de su actividad. Allí, junto a destacados profesores y docentes, entre los que se contaban los doctores: Vanni, Scenna, Calzetta, Alustiza, Migliorero, Moszemberg, Boccadoro, y De Falco, dicta como titular la asignatura Semiología que, posteriormente, se transformó en Medicina Interna A. Con el correr de los años, a su lado se formó un grupo que podríamos llamar de la nueva generación, integrado por aventajados estudiantes que abrazaron la carrera docente y que en la actualidad son profesores sobresalientes en diversas cátedras de la Facultad. Entre los que permanecieron en Medicina Interna A, debemos citar a los doctores Salvioli, Luchina, Giacomantonio, Varela Carlos, Trueba, De Marco, Negri, Gutiérrez, Pennesi, Cosser Rivera, Belloni, Calvo, Giambelluca, Primerano y Reynoso.

En las salas y cátedras de Clínica y de Semiología brindó su confianza y su afecto no sólo a los doctores Simpson y Mandrile, jefes de laboratorio, sino también a sus secretarias las señoras de Carracedo y de Ponsa, como asimismo, a sus ayudantes, a los que cariñosamente se los conocía como Domingo, Romano, Ambrosio y Carlitos.

En la actividad científica, su acentuada autocrítica lo hizo reacio a las publicaciones. No padeció de graforragia. Creía que debía publicarse lo que en realidad tuviera valor, aunque no fuera un descubrimiento. Su trabajo de tesis versó sobre "Las formas quirúrgicas de la tuberculosis del intestino delgado". Dentro de sus publicaciones más significativas y que constituyen un real aporte, debemos citar: "Contribución al estudio del escorbuto", "La exploración en ayunas del estómago normal y patológico", "Linfogranulomatosis abdominal", "Taponamiento agudo del corazón", y artículos sobre "Esplenoportografía", en colaboración con el Profesor Grinfeld, que fueron los que marcaron un hito importante en nuestro medio.

Escribió los capítulos: "Arritmias", "Presión Arterial", y "Examen de las arterias", en el "Tratado de Semiología y Clínica Propedéutica" del Profesor Lorenzo Galíndez; colaborando también en importantes artículos en las "Lecciones de Clínica Médica" del Profesor Nicolás Romano.

Su capacidad y prestigio hicieron que en 1945 fuera designado presidente de la Sociedad Médica de La Plata, corporación de la que

había sido tesorero en 1922 y vocal en 1926 — 27 y 30.

En 1938 fue delegado por la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata al Congreso Nacional de Medicina de Córdoba, y al año siguiente es invitado especial por la Facultad de Medicina de Montevideo a las Jornadas Médicas Rioplatenses.

## EL MEDICO DE FAMILIA

Su ejercicio profesional lo señala como el auténtico médico de familia, que conocía todos sus integrantes con las características que dominaban en cada uno de ellos. Sabía del terreno hereditario y de las afecciones importantes que habían padecido. Era el verdadero confesor, depositario de todas las angustias y de todos los problemas de sus enfermos. Su preocupación por el dolor ajeno, su rectitud, su bondad, y su desinterés material, habían hecho de él el médico querido por sus pacientes. Su sola presencia despertaba seguridad, tranquilidad; infundía confianza. Llevaba a cabo en toda su plenitud una medicina humana, de franca relación con el enfermo. Sabía muy bien del efecto nocivo de la deshumanización de la medicina, contingencia que ocurre cuando el médico se aleja de sus pacientes, cuando el diálogo entre ambos se pierde. Y de los factores más importantes de esa deshumanización, como son el auge desmedido de la técnica, la socialización de la medicina y el trabajo en equipo, en la época que él ejerció, estuvo más en contacto con el primero, es decir, con el avance tecnológico. Sin embargo, debemos reconocer que no desdeñó la utilidad de los últimos avances de la ciencia; los utilizó, pero no permitió que ellos se interpusieran entre el médico y el enfermo. Este último siguió siendo el objeto fundamental de nuestra disciplina.

El, que durante tantos años se tuteó con la muerte, supo comprender el desconsuelo y los temores de sus enfermos. Les aportó la ciencia y el arte de su quehacer médico en diagnósticos certeros, pero no olvidó al hombre. No olvidó a esa pobre criatura humana angustiada por su enfermedad. Allí es donde aflora su gran sensibilidad. Con su palabra, con su afecto, con su gran corazón, los alentó, los tranquilizó, y les mantuvo abierto lo que nunca debe cerrarse, la ventana de la esperanza.

## EL HOMBRE

Personalmente, cuando lo conocí, él tenía cuarenta y seis años. Había nacido el 19 de enero de 1895 en Rauch, Provincia de Buenos Aires. Termina su bachillerato en el Colegio Nacional de La Plata, y se inscribe en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, donde egresa con el título de doctor en medicina en 1922.

Su figura era elegante. De mediana estatura, correcto en su vestir y con una silueta perfecta que le daban una apariencia de señorío y distinción.

Su frente, amplia. Sus sienas plateadas daban marco a una calvicie en cuyas zonas temporales serpenteaban unas arterias bien marcadas, como testimoniando la buena circulación que requería un cerebro tan activo. Su nariz mediana, sus labios bien delineados dejaban traslucir una sonrisa franca y contagiosa. De la facies, lo más llamativo era su mirada. Un ligero agrandamiento de la hendidura palpebral hacía más ostensible la prominencia de unos ojos negros, brillantes y vivaces, que acreditaban su aguda observación. Toda su figura denotaba vitalidad, movimiento, energía.

En su trato era cordial, y conquistaba de inmediato la simpatía de su interlocutor, en especial cuando se trataba de un paciente. Más bien extravertido, de carácter franco y con un gran sentido del humor. Era agradable escucharlo relatar sus vivencias personales, o cualquier acontecimiento. Sus ademanes y sus inflexiones de voz daban tanta relevancia a lo relatado, que los momentos a su lado pasaban rápidamente.

Fue un enamorado de la naturaleza. No en vano había nacido y pasado sus primeros años en los campos de sus mayores en el partido de Rauch. Siempre organizaba reuniones de la cátedra, y con sus discípulos concurría a algún lugar de campaña, preferentemente a la estancia de su hermano Manuel, cercana a Magdalena. Allí era donde se lo admiraba en el conocimiento de todo lo referente al campo. Y, precisamente allí, con las personas que más quería, rodeado del afecto de sus alumnos y discípulos, gustando un sabroso asado, alegrado por las canciones y las guitarras de alguno de los concurrentes, nos demostraba, una vez más, que la felicidad residía, justamente, en las cosas simples y puras.

Firme de carácter, pero justo en su actuación. No era afecto a los elogios desmedidos; sin embargo, sabía reconer el valor

de los demás. No era proclive a exteriorizar sus sentimientos, aunque todos adivinaban las alegrías y tristezas que lo embargaban. Tuvo un verdadero culto por la amistad, brindándose al amigo con altruismo y sinceridad.

En un momento de su actuación nos mostró, una vez más, su tolerancia, su bondad y su alto sentido de justicia. Cuando en un llamado a concurso para las jefaturas de servicio de nuestro hospital encabezaba la lista por sus amplios méritos, declinó el cargo, a pesar de la insistencia de los médicos jóvenes para que lo aceptara. Su contestación fue emocionante: "Yo no tengo el derecho de destruir un ambiente de trabajo que el jefe de servicio organizó durante muchos años". Permitted que éste continuara en su cargo y él permaneció como jefe de la sala VI —un cargo de menor jerarquía— dando un aleccionador ejemplo de renunciamento.

En su hogar, al lado de su inteligente y querida Okia, hija del inolvidable maestro Víctor Mercante, supo configurar un núcleo familiar que fue lo que más quiso. Brindó a su esposa y a sus hijos un afecto constante. Y en su última etapa, sus nietos lo conquistaron definitivamente. ¡Qué alegría experimentar en el momento actual, al ver a una de sus nietas próxima a finalizar, brillantemente, la carrera que él abrazó con tanto amor!

Tuve el triste privilegio de atenderlo en su postrera enfermedad. En esos momentos, frente a la adversidad, recibí su última lección. Comprobé su íntegra personalidad. Sin una queja, sin un reproche, aceptó el designio de la providencia con resignación y estoicismo, evitando preocupar a sus familiares. Y casi al final de su afección, sólo una vez sus ojos se nublaron por las lágrimas; es que vislumbraba su partida definitiva. Fue un gran señor de la vida y también un gran señor frente a la muerte.

## EL RECONOCIMIENTO

Su inteligencia, su preparación, y las bellas cualidades que atesoraba, fueron unánimemente reconocidas por el ambiente médico, por la sociedad y por las instituciones. Como broche de oro, al retirarse de su actividad profesional se le brindó un magnífico homenaje, en mayo de 1969.

Su capacidad para resolver casos difíciles hizo que se lo llamara con frecuencia en consultas médicas, donde aportaba su aguda observación y sus profundos conocimientos.

La sociedad, además de tenerlo como invitado especial en frecuentes reuniones, lo adoptó como médico de cabecera, sabiendo que en él iban a encontrar, además de un profesional consciente, a un verdadero amigo.

Los profesores de la Facultad de Medicina, por su indiscutida preparación y eficiencia, lo eligieron miembro del Consejo Académico, ocupando interinamente el decanato de esa casa de altos estudios, en 1960.

La Sociedad Médica de La Plata, cuya presidencia había ocupado en 1945, lo nombra Miembro del Tribunal de Honor, en 1962.

El Ministerio de Salud, considerando la prolongada y sobresaliente actuación hospitalaria, lo designa Médico Consultor en Clínica Médica del Hospital Interzonal de Agudos General San Martín de La Plata.

Y, finalmente, la Universidad local, valorando su brillante trayectoria en beneficio de la enseñanza, lo distingue, en 1970, con el nombramiento de profesor honorario de la Facultad de Ciencias Médicas de nuestra ciudad.

Esta semblanza que con afecto he realizado, denota que el hombre a quien rendimos homenaje, ha sido un ser excepcional. No es sólo el semiólogo incomparable, el clínico sobresaliente, el maestro indiscutido. Es también el querido médico de familia que abrazó su profesión como un verdadero apostolado, alejado totalmente de intereses materiales, y que brindó a sus familiares, discípulos, colegas y enfermos, su infinita bondad y su moral intachable.

Todos esos atributos nos revelan un espíritu superior cuya vida útil y plena de realizaciones puede servir de permanente guía. Es por todo lo expresado que sus discípulos, colegas, amigos y pacientes estimamos que su recuerdo debe perpetuarse en el bronce, considerando que el lugar más indicado para colocar una placa que lleve su nombre, es la entrada de su querida sala III, lugar donde actuó durante tantos años, y cuyas estructuras atesorarán, orgullosas, el recuerdo de un gran maestro de la medicina platense.